

CAPÍTULO XXXVII.

Continúa la misma materia.

I. El Papa tiraniza á sus súbditos.—II. Sus Estados están siempre en revolución.—III. Impiden la unidad de Italia.

Finalmente, despues de agotar todas las dificultades, la Revolución, para destronar al Pontífice, descende á evidentes injurias é insolencias; podrían éstas dejarse pasar sin respuesta; á tener confianza en el buen sentido universal; mas como éste cada dia es más raro en épocas de agitaciones políticas, no será inútil referir las principales. Se dice que el Papa tiraniza á sus súbditos; que éstos están en revolución siempre, con perjuicio muy grave, no sólo de Italia, sino de toda Europa; y, por último, que su reino es un obstáculo fatal para la itálica independencia y unidad.

I. *El Papa tiraniza á sus súbditos.*—Confieso que me siento venir á la cara el carmin de la vergüenza sólo al consignar esta objecion. Porque, ¿contra quién se ha movido tan increíble ataque? Si se hubiera dirigido contra cualquier otro Pontífice, sería un exceso inaudito, por ser notorio que todos se han inclinado siempre á tanta blandura, que no fué excesiva sólo por tratarse de la persona de los Vicarios de Jesucristo; mas, para confusion eterna de los que lo promovieron, permitió Dios que se moviese contra Pio IX, Pontífice que inauguró su reinado con el perdon; Pontífice cuyos sentimientos dulces, cuyo ánimo candoroso, cuya bondad y beneficencia inextinguibles debiera reconocer toda la Europa; Pontífice que se consagró á todos los adelantamientos materiales de sus súbditos, haciendo prosperar de cien maneras las artes, el comercio, la industria, las letras y las ciencias; Pontífice que puso en orden cárceles, hospitales, casas de huér-

fanos, colegios, escuelas, establecimientos correccionales, y que nada olvidó de lo que podia mejorar la condicion de sus pueblos; Pontífice que ayer mismo recogia en un viaje á través de sus Estados ovaciones y aplausos no interrumpidos. Pues precisamente tal Pontífice es el tirano de sus Estados, que oprime y maltrata tres millones de italianos. Participad, por tanto, al mundo (es el conde de Montalembert quien lo pide) que deber de su oficio ha violado, qué ciudadanos ha oprimido, y qué derechos ha conculcado. Referid las concusiones, las violencias, los fraudes que ha cometido, las propiedades que ha robado, las mentiras que ha dicho, las confiscaciones que ha hecho, y la sangre con que se ha manchado. Vamos: haced que conozcamos de una vez las tiranías de este Pontífice coronado. Desafio á sus enemigos más encarnizados á que saquen á relucir algo que tenga ni sombra de probabilidad. Mas el gobierno papal es quien de todo tiene la culpa. Vamos á ver en qué consiste la tiranía que aseguran ejercer sobre los pueblos. Es un protestante americano quien, despues de haber estudiado profundamente la materia, se encarga de responderos. ¿Acaso en que los sacerdotes desempeñan allí algunas funciones civiles? Mas observad que hace algunos años son en menor número que en algunos Estados de la misma Union americana. ¿Acaso el gobierno del Pontífice gasta el dinero de otros pródigamente? Es el más económico de toda Europa, como se ha demostrado cien veces con las cifras en la mano. ¿Acaso aquel pueblo está gravado con más impuestos que los justos? Allí son muy inferiores á los de Francia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. ¿Acaso en Roma se carece de escuelas y enseñanza? Sus escuelas son, por el contrario, mucho más numerosas, y, sobre todo, más frecuentadas por los niños que en ninguna otra parte. ¿Acaso está el pueblo abandonado y desatendido en sus penas y en sus miserias? Todos saben que abundan en Roma los hospitales para los enfermos, para los ancianos, para los infelices de todas clases, como tambien que son atendidos mejor que en las demás ciudades del universo. ¿Acaso el

Romano Pontífice ha reducido con su gobierno á sus súbditos á la mendicidad? A esto respondo que la Holanda, la Francia, y cualquiera otra de las naciones libres y civilizadas, contienen un número de pobres de tres á diez veces mayor que Roma. ¿Dónde, pues, está el despotismo con un gobierno dulce, con leves cargas, con pequesimos pobres, con administración económica, con enseñanza libre y baratísima para personas de todas clases, y con tantas instituciones caritativas que remedian todas las necesidades? «No temo decir, concluye, que en la sola ciudad de Nueva York se pagan impuestos más grandes, se cometen mayores abusos en la administración, hay más pobres que socorrer, así como más ignorantes, holgazanes y viciosos en todo género de depravacion que en los tres millones de habitantes de los Estados de la Iglesia santa.» Así respondia, y hubiese podido añadir además, sin negar las imperfecciones inseparables de la humana naturaleza, que ningun país del mundo es regido por leyes más justas y sabias; que ninguno mantiene tan intacta la verdadera libertad; que ninguno ha logrado poner tan de acuerdo la unidad de accion con la multiplicidad de los consejeros; que ninguno ha constituido mejor el municipio y la provincia; que ninguno ha pesado mejor el delito y hallado la pena proporcionada, como tambien que en ningun país las personas de los que gobiernan, sin ser impecables, ofrecen más seguras garantías de probidad; y hubiera podido, no sólo afirmar todo esto, sino demostrarlo con pruebas de hechos muy resplandecientes. ¿A qué se reduce, pues, la acusacion de tiranía lanzada contra el Pontífice? A poner de realce la iniquidad de los que la fulminan.

II. Con todo, *el Estado Pontificio no puede regirse sin tropas extranjeras: qué...* Esta réplica viene á decir que se necesita quitar al Papa su Estado, porqué está sujeto á revoluciones. Mas con este razonamiento habrian de destruirse todos los de Europa, por cuanto, despues de 1815, dejando estar los sucesos momentáneos de Italia del 21, la España quedó sujeta á continuos trastornos, y eu

el 23 tuvo necesidad de los franceses. Austria en el 48 fué auxiliada por la Rusia. La España y el Portugal tuvieron tan largas como atroces guerras civiles, y revueltas sobre revueltas. La Francia en veintidos años vió caer tres generaciones de Borbones, y despues los Orleans, y despues vino la república, y despues el imperio, y despues, y despues... ella sola hizo en un cuarto de siglo más revoluciones que no han hecho durante mil años los Estados Pontificios. No tengais, pues, dobles balanzas para juzgar; reconoced francamente que es necesario prescindir de aquellas naciones, desmembrarlas, y quitar aquel fomes que, sobre todo tratándose de la Francia, difunde discordias y rebeliones por toda la Europa. ¿Por qué, pues, lo decís solamente del Papa?

Peró ¿es verdad que el Estado Pontificio está sujeto á tantas revueltas? Sólo tuvo las que la Francia encendió en su seno. Sufrió lo que toda la Italia, ó más bien toda la Europa, en la primera invasion de los franceses; probó, como toda la Italia, las repercusiones, por decirlo así, de los siguientes trastornos ocurridos á orillas del Sena. Y en los últimos tiempos, ¿cuándo pensó en insurrecciones? Cuando, despojado de todas las tropas por razon de guerra, no se concedió al Sumo Pontífice tiempo para sustituir las con suyas. Sin embargo, ni aún aquello bastó: fué preciso que para intundir ánimo á los revoltosos y asegurarles las espaldas, viniesen de fuera muchas sollicitaciones y se prometiéra gran apoyo, y la impunidad. Si tal dice la historia verdadera, siendo imposible desconocerlo, ¿no es un sarcasmo cruel que á echar vengas en rostro al Sumo Pontífice que no puede salvarse de la Revolucion quien con todas las artes, seducciones y promesas ha venido á subvertir el orden en su territorio?

III. Finalmente: nadie ignora que la Revolucion, retirándose despues del 15 principalmente á las Romanías, por ser el país de más dulce gobierno que hubiera en Italia, nunca pudo reprimirse de modo alguno. Mas ¿de quién fué la culpa? Quien conoce la multitud de insinuaciones, notas, consejos y veja-

ciones que recibieron los Sumos Pontífices en todos aquellos años, hasta de autoridades supremas, y especialmente de la Francia, para que tolerase, no se resintiese, ni emplease alguno de los medios que hubieran podido llevar las cosas á un punto satisfactorio, se guardará bien de dirigir un cargo al Vicario de Jesucristo. La razon reclama, pues, que quien no quiere reconocer su culpa, no la eche á lo ménos á los inocentes.

Por lo demás, si porque el Estado del Papa va sujeto á revoluciones lo determinais suprimir, os haré observar que habreis de hacer lo mismo con bastantes otros. Ni el Pontificio, ni los restantes, sobre todo si son pequeños, pueden salvarse de la Revolución, presupuesta la inteligencia que existe entre los revoltosos de Europa.

Si al grito de rebelion que se levanta en Roma, ó en Módena, ó en Parma, ó en Florencia, acuden todos los revolucionarios de la Francia, de la Inglaterra, de la Polonia; y si, lo que aún es peor, gobiernos faltos de prevision envian sus legiones, y proclaman otros la no-intervencion, asegurando las espaldas de aquélls, ¿qué duda hay que el ténue número de tropas que pequeños Estados tienen en pié, no será jamás bastante para refrenarlos? La experiencia demuestra demasiado que ni aún en Estados grandes y poderosos lo consiguen. Esto sólo prueba cuán necesario es que las grandes potencias compriman la Revolución en sus propios países, y protejan los más débiles en semejantes circunstancias, si no se quiere ya establecer como derecho que los príncipes que rigen Estados menores pierden su autoridad porque otros pueden contrastarlos por medio del fraude y de la violencia: sería la más nueva teoría del siglo presente.

III. «Sin embargo, no negareis, insiste algun político, que á lo ménos el Pontificado romano es un gran obstáculo para la dicha de Italia, porque impide la unidad, y con ella la independencía y todos los bienes que resultarían. ¿Qué podríais responder á esta observacion?»

Si mis lectores hicieran esta pregunta sincera-

mente, responderia, en primer lugar, que los que no anhelan más para el bien de Italia que una confederacion de príncipes (entre todos los absurdos de estos últimos años, es el ménos ridículo, bien que no deja de ser un absurdo), el Pontífice no se opone más de lo que lo hace cualquier otro soberano de Italia: en segundo lugar, que es muy falso que la unidad y la independencía constituyan el bien supremo de un país, porque el bien supremo de un país está en la justicia, en la moralidad, en la religion y en la verdad. Todas estas otras condiciones extrínsecas influyen apenas, y sólo por algun concepto, en su bien material. Para ponerlo de realce contra todos los sofismas aducidos y que se puedan aducir en mil años, basta el ejemplo á la vista de pueblos que, con su unidad é independencía, distan mucho de poseer todos los bienes. Independiente y una es la Francia; pero por llevar en su seno las falaces doctrinas que le dejó en herencia la filosofia del siglo anterior, vemos á qué convulsiones quedó sujeta desde entonces hasta hoy. Independiente y una es la Inglaterra; y con todo, no hay lágrimas que basten á deplorar la miseria y el embrutecimiento de aquella nacion. ¿No es una é independiente la España? ¿Acaso su independencía y unidad la salvan de continuas revueltas y de mortales angustias? ¿No es independiente y una la Turquía? ¿Habrá, sin embargo, quien ose llamarla feliz? No: la unidad y la independencía no dan la paz, la dicha y el bienestar á un pueblo, griten todo lo que quieran los moderados, los revolucionarios y los sofistas del universo. La dicha depende esencialmente de muy distintas cosas. Posea un pueblo la verdadera religion, la justicia en las leyes bien observadas, la moralidad en las costumbres, y entrará en las vías de la paz, sea cual sea el príncipe que lo gobierne, ó la forma con que sea gobernado, ó la division que se haga del territorio.

Al que buscando el lujo exterior ó la grandeza imaginaria más de lo debido, quiera medir por esto la dicha de un país, se le podrá responder tambien que á Italia sus divisiones hánla proporcionado más ventajas que males. En las naciones que dis-

frutan la unidad ansiada en nuestros días, ¿qué tenéis ahora sino un gran monopolio, gracias al que una ciudad ó capital absorbe todos los bienes de un país? Si una causa accidental de sitio ó de antigüedad no exime alguna población de su total decadencia, contareis poquíssimas en cada reino que resplandezcan mucho. La Inglaterra sólo tiene Londres, y todas las demás son oficinas de trabajadores. Edimburgo y Dublin deben á la circunstancia de ser capitales de otros dos reinos, la conservacion de su brillo. La Francia, que va por la misma senda, atrae en su París todo el reino. Si Marsella, por razon de su puerto, y Lyon, por su antigüedad, no conservasen algun esplendor, no habría otras poblaciones comparables por ningun concepto con la capital.

En Italia, la division de los Estados ha formado las ciudades más bellas del mundo; Palermo, y Nápoles, y Roma, y Florencia, y Venecia, y Génova, y Milan, y Turin, no tienen rivales. Todos estos centros y estas córtes han despertado el genio de las artes, mantenido las letras, fundado las galerías de pinturas, enriquecido los museos, abierto las bibliotecas y formado de la Italia el jardín de la Europa. Niéguelo quien pueda.

Si la Italia dividida no tiene el comercio vasto que tuvo en otra época, lo debe, no á su division, porque, aún dividida, Venecia y Génova, Pisa y Amalfi, tuvieron muchos siglos el primado de los mares: lo debe á la estolidez de sus reformadores, que no sabiendo proteger oportunamente las industrias, hánlas dejado y las dejan aún perecer; lo debe á la índole de sus habitantes, cuya mayoría no son tan á propósito para las especulaciones comerciales como otros pueblos de carácter más frio y más constante; lo debe también en parte al descubrimiento de América, gracias al que los pueblos que habian estado fuera del mundo, han venido á constituir casi su centro. Por lo demás, tal inconveniente no deja de tener una gran compensacion. No hay en Italia la multitud de oficinas propias de otros países. Certísimo; mas tampoco hay aquellas

turbas de operarios embrutecidos, que pasan su vida en los pozos del carbon fósil, ó trabajando como máquinas catorce horas del día, comiendo algunas patatas y bebiendo un poco de agua. No vuelan nuestras navés por todas las orillas, y no se ostentan en todos los puertos; mas no hacemos tampoco la vida de gitanos, perdidos por todos los mares, sin pátria, sin familia, sin goces domésticos, y, lo que aún es peor, sin religion.

Quisiera que los que desean á la Italia los beneficios del comercio y de la actividad de otros países, los hubiesen visto con sus ojos, y examinado cómodamente. Quisiera que hubieran entrado á visitar, siquiera unos días, por ejemplo, los astilleros de Lóndres, y juntamente sus miserias y sus riquezas, sus glorias y sus ignominias. Que hubieran visto aquellas muchedumbres de hombres y mujeres embrutecidas por la ignorancia, por el hambre y por los delitos. Que hubieran hablado con aquellos seres que no conocen á Dios, que no tienen idea de religion alguna, que están privados de todos los principios, incluso el de la humanidad, que vienen al mundo y nunca saben por qué han entrado en él, así como parten ignorando dónde van. Verian entonces que aquella gran unidad es sólo una enfermedad del cuerpo social, por la que, atraída toda la sangre al corazon, como á un centro, languidecen los miembros, ó sean las provincias. Verian también cómo aquella inmensa y formidable unidad, si da fuerza para vastísimas empresas, le da también á los que las dirigen y las hacen propias, para encadenar millares y millones de hombres en la más horrible esclavitud y miseria, mientras que una moderada division de fuerzas no consiente que nadie pueda oprimir á otros, y contribuye al bien público. ¿Cuál es, finalmente, el voto moderno de los publicistas más sensatos? Que se destruya una vez la centralizacion, resultado de las circunstancias de los tiempos y de la impericia de los hombres. ¿Qué quiere decir esto sino que han visto por los resultados lo que sale de aquella tan decantada unidad? Si lo debiese decir aquí de paso, lo que impide

el bien de Italia no es la falta de unidad, sino todas las perfidias que nos han traído del otro lado de los montes ó de los mares. Perjudica á la Italia venir á ménos en la unidad de la fe, que es el vínculo más sacrosanto y nudo más indisoluble que estrecha á los pueblos entre sí, como pueden verlo todos en aquellas naciones que, sin embargo de ser unias en política, están divididas por religion. Perjudica á la Italia la concordia impia de las sociedades secretas, que llevan las disensiones, no sólo á ciudades y provincias, sino tambien á individuos de una propia familia. Lo que deshonra y empobrece la Italia es que una parte no insignificante de su nobleza se pervierte en la vagancia y en todos los vicios que de ella emanan; es que la clase media, haciéndose impia, no tiene principios de moralidad ni de religion; es que ciertos gobiernos estólicos ó inícuos consumen en las desconfianzas, en las sospechas y en las persecuciones contra la Iglesia el tiempo y la fuerza que debieran emplear en su triunfo, que sería tambien el propio. No es su division lo que hace infeliz á la Italia, sino la avidez de los placeres, la manía del lujo, la perversidad de los gabinetes de lectura, la multiplicacion infinita de teatros, de casinos, de bailes y de festines, que lleva la corrupcion á todas las clases, que desvía del trabajo á los operarios, del estudio á la juventud, de las ocupaciones necesarias á los cabezas de familias, haciendo que se piense sólo en recreos, en delicias, en goces, en amoríos, y en loquear con bailarinas y cantatrices. Esta es la verdadera fuente de los desórdenes de Italia, y no la division política de sus Estados.

«Mas la unidad de Italia nos daría un ejército formidable y una flota prepotente, merced á lo que se respetarian nuestros confines: no seríamos hollados todos los dias por extranjeros.» A estos *utopistas* podría responder primeramente que el paraíso en la tierra sería una cosa bellísima si se pudiese conseguir; pero que, como es imposible por ahora, no se debe pensar en él. Así digo de la unidad de Italia. A discurrir con prudencia, es á lo ménos muy

dudoso que sea moralmente posible. La historia muestra á la Italia dividida y gobernada por provincias en los tiempos de su mayor poder y unidad: Roma expedía para regir las provincias más hermosas á los procónsules, que mandaba tambien al Africa y al Asia. Su configuracion, su longitud, las montañas que de un extremo á otro la dividen, y la muchedumbre de sus puertos, muestran las dificultades de reducirla á un solo gobierno, y de vigilar para su defensa, ya que no quieran proporcionarle la dicha de poner sobre las armas á todos sus ciudadanos. Añádanse la índole, la naturaleza, el genio de sus habitantes, más distinto que el de los pueblos más diferentes de Europa, y que será siempre un obstáculo insuperable para unirlos entre sí. Añádanse las tradiciones que cada uno de los pueblos de Italia conserva profundamente esculpidas en el corazon, por las que nadie consentirá nunca en despojarse de las suyas á fin de llevarlas todas á un centro. Añádanse el ingenio, la imaginacion, la viveza de los pueblos italianos, no á propósito para ser empleados como máquinas dentro de súcias oficinas, que la unidad moderna produce al cabo de algun tiempo. Añádase la religion, que, despues de haber desterrado con su luz la esclavitud, no está dispuesta á dejarla plantar de nuevo, como ha sucedido en aquellos países que desventuradamente la han perdido. Estas y otras muchas razones semejantes se habrian de tener presentes ántes de pedir para la Italia la unidad que acaso ni siquiera es posible.

Por lo demás, las he dado solamente para que se vea qué poco fundamento tienen ciertas teorías, que, sin embargo, algunos defienden con tanto amor: la respuesta que daré á su objecion es más directa. Concédase que la unidad, y por consiguiente la independencia de Italia, que no es su forzoso resultado, sea posible, y asimismo un bien: ¿se habrá de odiar, por tanto, al Pontífice porque la impide? Finalmente: si Dios no quisiera que todos los bienes humanos se poseyesen por todos los pueblos del mismo modo, ¿qué mal resultaría? ¿No es ya

Dios el Señor de todos los pueblos y de todas las naciones, como de los particulares ó de los individuos? ¡Y qué! ¿No ha dividido sus dones con gran variedad, negando en determinadas épocas y en ciertos países lo que ha concedido en otras edades ó en otros Estados? ¿Hay en esto acaso alguna injusticia? Semejantemente, si Dios, con establecer en Italia la Sede de su Vicario, quisiera que no gozase del bien de la unidad, ¿quiénes somos nosotros que disponer queremos á nuestro modo las cosas del Señor, y modificar sus designios?

¿Qué maravilla que una nacion honre á la Iglesia especialmente, y acaso con alguna incomodidad, cuando todos los pueblos y todas las naciones no son sino para la Iglesia? ¡Ah! Yo desearia que aquí se pusiera el lector un instante sobre sí y sobre todas las mezquindades del tiempo, para comprender esta gran verdad. El mundo, con todos sus Príncipes, Monarcas y Emperadores; con todas sus tribus, pueblos y lenguas; con todas sus letras, ciencias y artes; con todos sus comercios, invenciones y progresos, no se ha hecho más que para honor y exaltacion de la Iglesia. Todos y todo ha de servir para el triunfo de ella, que es la deseada por los siglos, la esposa de Cristo, comprada por El y embellecida con su sangre, fin de toda la naturaleza, blanco de toda la gracia, objeto sempiterno del amor divino. Creen ciertos infelices hombrecillos que Dios ha hecho el mundo para que realicen sus pequeños designios, se rodeen de sus pequeñas comodidades, establezcan, preparen y gocen sus pequeños bienes, y avancen en sus pequeños progresos: ignoran que jamás ha sido éste el pensamiento de Dios, que, por el contrario, formó los hombres y el mundo con el único fin de que todos consiguiesen, por medio de su Iglesia, la eterna salvacion; que les dió la tierra solamente para pocos momentos; que han de vivir aquí como de paso; que nada importa que tengan una estancia más ó ménos cómoda, una mesa más ó ménos provista, y una calle más ó ménos desahogada, con tal que lleguen á dicho fin. Nada son las incomodidades que puede sufrir un país cuando por

su medio él y todos los demás hallan más expedita la consecucion de su fin. Quien viese las cosas con estos ojos, únicos que ven rectamente, no sólo se convenceria de que no hay razon para tantos aspavientos por no existir la unidad de Italia, sino que no podria ménos de sentir gran compasion hácia los frenéticos que tanta importancia le conceden.

Mucho más que tal pérdida compénsase despues con grandísimas ventajas. Si la Italia, por razon del Pontificado, no tiene unidad, tiene por razon de aquél el primado de la verdad; privilegio bien raro y mucho más relevante que el otro. Porque, ¿cuál decoro más espléndido que ser la fuente de donde mana toda verdadera civilizacion y todo progreso no fingido?

La fama de las conquistas, la presuncion de un comercio extendido, las flotas y los ejércitos, serán siempre nada respecto de la verdadera y especial gloria de Italia, de haber iluminado antiguamente todas las naciones; de haber amansado todos los pueblos bárbaros; de tener al presente viva la antorcha para todos los pueblos de la tierra, y de llevar la luz á las gentes sepultadas aún en las sombras de la muerte. Y tal gloria compete á la Italia por razon del Pontificado. Como en otra época partió de Italia la luz que se difundió por Alemania, por Inglaterra, por Francia, por España y por todo el Oriente y Occidente, así parte hoy de Italia y Roma la luz que se difunde por la China, por el Tonquin, por la Cochinchina, por las Indias, por la Oceanía, por la América y por las islas del mar. Parte de Roma la verdadera civilizacion que convierte á los salvajes en hombres, y en ángeles á los hombres: si mejorar á éstos, civilizarles y conducirles á su fin último vale algo más que mejorar el algodón y hacer la seda, será tambien cierto que la Italia, por razon del Pontificado, es más gloriosa que las restantes naciones de la tierra. Y si debiese comprarse tal honor con alguna incomodidad (no existe realmente), ¿habria que deplorarlo tan amargamente? Sé bien que un pueblo de mercaderes y una multitud de esclavos, ó bien de bípodos, que

consideran el alma solamente como sal, á fin de que no se corrompa la carne, serán incapaces de dichos sentimientos elevados; pero, gracias á Dios, los italianos más dignos no han caído aún en semejante vileza y embrutecimiento.

Y con el honor que la Italia recibe del Pontificado, añádese la ventaja temporal, no menor que la espiritual. Quien más cerca está del sol, más participa de sus rayos y de su calor benéfico. Lo mismo sucede á los de Italia con el Pontificado. Las letras y las artes son ciertamente, entre los bienes humanos, de los de mayor precio: aquéllas, salvadas á la sombra del Pontificado en los tiempos más bárbaros, fueron por él conservadas, hasta el punto de que apenas llegaron mejores días, la Italia floreció, cuando toda la Europa aún era inculta: éstas, empleadas por Romanos Pontífices en servicio de la Iglesia, crearon las escuelas que convirtieron la Italia en maestra de todas las naciones. El Pontificado romano ha mantenido sobre todo la unidad de las creencias y el fervor de la fé. La vigilancia completamente singular de la Cátedra entre nosotros erigida, y la proteccion del cielo, por razon de ella más amorosa, ha tenido siempre alejada la herejía, sin embargo de todos sus esfuerzos para contaminar nuestro país: sólo con esto nos ha librado de aquellas desgracias temporales y espirituales que han contristado durante siglos enteros las naciones más florecientes de Europa. Hé aquí por qué, á los que no ven cuánto más útil ha sido á la Italia el Pontificado romano que toda su soñada unidad, bien se les puede llamar ciegos y estólidos, como se debe llamar impíos y desnaturalizados á los que traman conspiraciones con el fin de abatirlo y derribarlo.

CAPITULO XXXVIII.

Continúa la misma materia.

I. Si el Papa es verdaderamente prisionero.—II. Si las garantías sirven para garantizarlo.

Quando escribí los capítulos anteriores hallábase ya el Papa despojado de algunas de sus provincias, y corria peligro de perder las demás; cuando envió á la estampa la edicion presente, el latrocinio total está con sumado, y el Sumo Pontífice hallase desposeido de todo poder real. Decíamos que, quitado éste, no podia ménos de ser un esclavo, y ésta es la hora de inquirir si faltamos entónces á la verdad, ó si discurrimos de una manera juiciosa. Sabemos bien que los usurpadores de sus Estados, añadiendo al daño la befa, se rien de la prision pontificia, y que, para escarnecerle, muestran el palacio espléndido que le han asignado, los millones que como rico salario le han ofrecido, y las leyes que han sancionado para garantía de su sagrado ministerio: tanto exageran esta liberalidad suya, que hacen creer á ciertos hombres muy rústicos que verdaderamente la prision del Papa es un embuste, y persuaden á vários gobiernos (que por lo demás ansían grandemente ser persuadidos) de que ninguna cosa fáltale al Jefe de la Iglesia de todo lo que se puede necesario para el cumplimiento de su alta mision. La verdad, empero, es que cuanto los católicos predijeron que debía ocurrir al Sumo Pontífice si se le quitaba el dominio temporal, se ha realizado más allá de sus previsiones. Veámoslo brevemente, puesto que tan necesario es que todos se convenzan de ello.

I. ¿Es por ventura falso que el Papa sea prisionero? Sí; es prisionero, hasta el punto de que la